

CON EL CALOR DE LA LUCHA RECORDAMOS A OMAR DENGO

Reproducimos el siguiente artículo de CARMEN LYRA, publicado en el periódico "Trabajo" del 19 de noviembre de 1938, con motivo de cumplirse entonces el décimo aniversario de la muerte del maestro Omar Dengo.

Alumnos y amigos de Omar Dengo se reúnen para recordarlo a los diez años de su fallecimiento. Entre estos amigos de Omar cuentan muchos trabajadores y por eso su nombre viene a nuestras páginas con derecho del que fue un modelo de ciudadano y de quien en su juventud, bajo el influjo del pensador ruso León Tolstoy, dedicó a los trabajadores años de magnífica enseñanza, que siempre se recuerdan.

Y no es de ahora por oportunismo frío que recordamos a Omar Dengo en nuestro semanario: ayer no más con motivo de hacer un justo homenaje a los ciudadanos que en una u otra forma han luchado en nuestro país contra la rapacidad imperialista, incluimos su nombre y su retrato en nuestras páginas destacándolo como luchador contra el trust de la electricidad.

Omar Dengo, como Juanito Mora, como Santamaría, en el pasado, como Moreno Cañas en el presente, nos pertenecen, pertenecen al pueblo costarricense, y su tradición es legado que nos impulsa a la lucha, ya que ellos en su hora se afanaron por crear esta nueva Costa Rica; que es también la cima de nuestros esfuerzos.

Y en esta hora de recuerdo, que para los que fuimos sus amigos no deja de ser hora de profunda emoción, es preciso que busquemos su obra, su obra viva integrada a la historia de nuestra nación, a fin de saber hasta qué punto el Maestro está viviendo y se aprovecha la siembra de su mente y de su corazón.

Preguntemos por uno sólo de los aspectos de su obra: la dignidad ciudadana de que con su ejemplo revistió su personalidad de educador, ¿Han recogido sus alumnos y sus amigos este ejemplo? ¿Han seguido los maestros del país por la ruta de dignidad que Omar les trazara? Contéstese cada uno de ellos con la mano en el pecho al acercarse a la tumba del Maestro esa pregunta.

Decía el humanista Erasmo que la mejor manera de darle culto a los santos era estudiarlos para integrar su santidad a nuestra propia conducta. Volvamos hoy las miradas hacia esa vida ejemplar que fue la de Omar y tratemos de hacer con ella culto de civismo a la manera como lo aconsejaba con el de los santos el pensador de Rotterdam. Lo demás, el bronce, las flores, las palabras, no tienen sentido si bajo ellos esquivamos fácilmente la responsabilidad que a nuestras vidas impone el legado de una vida noblemente vivida en nuestro servicio.

Recordemos hoy y muchas veces más al amigo desaparecido, recordémoslo como él hubiera deseado que lo recordáramos, tal como pedía Joubert, en magnífico testamento de simpatía humana que hace poco nos recordara Cornelio Hispano desde las páginas de Repertorio Americano. He aquí sus palabras: "Yo quisiera que mi recuerdo no se presentase jamás a mis amigos sin traer consigo una lágrima de enternecimiento a sus pupilas y una sonrisa a sus labios. Quisiera que ellos pudiesen pensar en mí, en el seno de sus más vivas alegrías, sin que ese pensamiento las turbase, y que aún en la mesa, en medio de sus festines y regocijándose con personas extrañas, hiciesen alguna mención de mí contando entre sus placeres el placer de haberme amado y de haber sido amados por mí. Quisiera haber sido bastante dichoso y haber tenido bastantes buenas cualidades para que a menu-do les agradara citar, a sus nuevos amigos, algún rasgo de mi buen humor o de mi buen criterio, o de mi buen corazón, o de mi buena voluntad, y que estas citas tomaran más ale-



gres a todos los corazones, mejor dispuestos y más contentos.

Quisiera que hasta el fin de su vida ellos me recordaran así, que fuesen felices y que viviesen muchos años para que se acordaran de mí más largo tiempo.

Quisiera reposar en una tumba donde pudiesen venir juntos, en estación florida, en un bello día, a hablar en alegre reunión, de mí, con rostros entristecidos, pero de una tristeza dulce y que no excluyera todo regocijo. Quisiera sobre todo, y lo ordenaría, si pudiera, que durante esta tierna ceremonia, durante el ir y venir, no hubiese en los sentimientos y en los ademanes nada lúgubre y nada repulsivo, de suerte que mis amigos ofreciesen un espectáculo que a cualquiera le encantase haber visto. Quisiera, en una palabra, excitar pesares tales, que los que fueran testigos de ellos no temiesen ni experimentarlos, ni causarlos".

Pero, además, Omar hubiera deseado que se le recordase con el calor de la vida y de la lucha, ya que él nunca la esquivó, poniendo siempre por sobre sus intereses personales los de la nación. Jamás tuvo miedo de "comprometerse," o de "comprometer" su posición oficial, en tratándose de las buenas causas, por las que había que salir a opinar en las tribunas públicas o en la prensa. Falsifican la memoria de este hombre, quienes lo salen a presentar dulzamente; si algo tuvo Omar fué que nunca optó esa psicología de liebre miedosa, con que tantos "enseñantes" escudan su posición burocrática, so pretexto de idealismo, espiritualismo y eclecticismo.

¿Cuántos de los que hoy falsifican su memoria tributándole homenajes filiteos, si Omar viviera no lo estarían combatiendo? Y es más, nos preguntamos, ¿estaría Omar, de vivir, o estas horas en la Dirección de la Normal?